

La *Historia de Beda* y la vida cotidiana en la Inglaterra altomedieval

Antonio M^a Martín Rodríguez
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

En una comunicación presentada al *III Congreso Hispánico de Latín Medieval*¹ celebrado en septiembre de 2001 en la Universidad de León, a la que el Profesor Gaspar Morocho dedicó los mejores años de su andadura docente e investigadora, reflexionábamos sobre la conveniencia de ofrecer al alumno de Latín para Filología Inglesa algunos textos de la *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* de Beda el Venerable (672-735). En ella dábamos cuenta de las razones didácticas que nos llevaban a ello, y ofrecíamos una síntesis bibliográfica sobre el citado autor, a la que ahora nos remitimos. Los temas que en ese trabajo abordábamos eran tres: los problemas interlingüísticos en una comunidad geográfica invertida en la que se hablaban lenguas diversas, el provincianismo cainita, que mira con desagrado la primacía en la propia comunidad de personas foráneas, y la cuestión espinosa de la tolerancia, especialmente en su vertiente religiosa. Presentábamos también el compromiso de tratar con más detalle el material recopilado en publicaciones sucesivas, compromiso que tratamos ahora de cumplimentar, presentando una serie de datos que se refieren a la presencia en la obra de detalles sobre la vida cotidiana en la Inglaterra altomedieval.

1. El medio geográfico y humano.

La *Historia* comienza (1,1) con una descripción física de Britania, basada en *Plin.nat.*4,30, Gildas 3 y Orosio 1,2. Se insiste en su condición insular, su situación, regiones con las que limita, dimensiones, etc. Sigue una descripción de su

¹ Cf. A. MARTÍN RODRÍGUEZ, «La Historia de Beda y su aprovechamiento didáctico», en *Actas. III Congreso Hispánico de Latín Medieval* (coord. M. PÉREZ GONZÁLEZ), León, Universidad, 2002, vol. I, 375-383.

flora, fauna, recursos, ciudades, etc. La isla, de creer a Beda, es muy rica en árboles y frutos, sin que falte incluso la viña, y apta para la cría del ganado. Es una tierra de copiosas fuentes, con abundantes ríos propicios para la pesca. Abunda en salmones y anguilas, y se pescan con frecuencia focas, delfines y hasta ballenas. Hay enorme abundancia de mariscos, que encierran a veces perlas, y de caracoles, de los que se obtienen valiosos tintes. Hay también salinas, y aguas cálidas. Produce metales como el cobre, hierro, plomo y plata, y se encuentra en ella un excelente y abundantísimo jade. La isla, en fin, contaba con 18 notables ciudades, además de innumerables castros. Su situación septentrional provoca un curioso reparto del día y la noche en las épocas solsticiales: en verano, las noches son tan claras, que en mitad de ellas no sabría uno decir si la luminosidad es aún el crepúsculo, o el primer resplandor de la aurora, mientras que en invierno las noches llegan a durar dieciocho horas. A continuación se hace referencia a las cinco lenguas que se hablan, las de los anglos, bretones, escotos y pictos, además de la latina, lengua franca para las personas cultas, y en la que se celebra la liturgia. Esta situación de multilingüismo da pie a un breve resumen de las diversas oleadas de pobladores: bretones, pictos, escotos, y anglos, de cuya llegada, y de las devastaciones que la acompañaron, se habla más adelante, en 1,15.

2. Cuidado del cuerpo, vestidos y adornos corporales.

Las referencias son, en general, tangenciales, y están envueltas en un halo reprobatorio que no puede extrañarnos en una obra cuyos personajes están en general imbuidos del ardor evangélico de los pueblos recién convertidos. Así, Santa Audrey interpreta en 4,19 el enorme tumor de su cuello como un castigo a la presunción mundana de sus años mozos, en los que solía llevar *superuacua monilium pondera*. Y también, por contraste con la indumentaria que adopta la reina Ediltryd, luego Santa Audrey, al hacerse monja, podemos imaginar cómo vestían las mujeres de calidad, y algunas notas sobre la higiene: desde que se encaminó al monasterio, nunca quiso ya usar ropas de lino, sino exclusivamente de lana, y sólo tomaba baños de agua caliente en ocasiones especiales, como la Pascua, Pentecostés o la Epifanía (4,19). En cuanto al lavado de ropa, por 4,31 sabemos que en los lugares cercanos a la costa la colada se hacía directamente en el mar.

3. Alimentación.

En lo que se refiere a la alimentación, abundan menos las referencias a la ingesta usual de alimentos de la población común que los detalles sobre el régimen severo de aquellos ascetas que habían abrazado con fuerza el cristianismo naciente en su patria. En 3,23, por ejemplo, se detalla el régimen alimenticio de Cedd durante la Cuaresma, en la que, con excepción del domingo, ayunaba cada día hasta caer la tarde, sin tomar entonces otra cosa que un poquito de pan y un

huevo con un poco de leche mezclada con agua. La razón de dicha dieta la explicita el propio ayunante: la costumbre de quienes le enseñaron la regla monástica de consagrar los lugares que se les concedían para erigir monasterios o iglesias con previas oraciones y ayunos. En 4,25, por su parte, se cuenta el régimen extremo del monje Adamnam, que no tomaba comida ni bebida alguna *excepta die Dominica et quinta Sabbati*. Las causas de este rigor, que había comenzado como penitencia, para convertirse finalmente en costumbre y hábito de vida, dejarán posiblemente pasmado a un estudiante de hoy: tras haber cometido un terrible pecado, un confesor le impuso esa penitencia, hasta que se le indicara lo contrario; como el confesor se marchó a Irlanda, y encontró allí la muerte, Adamnan continuó cumpliendo su penitencia de por vida².

4. Vivienda.

Las casas eran de materiales inflamables, que las hacían proclives a los incendios, como el que se cuenta en 3,10, donde la casa en que se había acogido a un bretón portador de unas reliquias es presa del fuego. Una centella desprendida de un enorme fuego encendido en el centro de la casa había volado hasta el techo, entretejido de ramas y heno. También en 1,19 se hace referencia al incendio de una choza contigua al lugar donde se reponía san Germán, cuyo tejado, de acuerdo con la costumbre de la zona, estaba compuesto de cañas de los pantanos (*palustri harundine*). La disposición central del fuego doméstico se corrobora en diversos pasajes; en 2,13, por ejemplo, se presenta al rey en medio de su corte *accenso quidem foco in medio et calido effecto coenaculo*.

En cambio, se procuraba construir las iglesias con materiales más sólidos. El rey Edwin, por ejemplo, construye en madera la iglesia de San Pedro, en la que recibe el bautismo (2,14). Según parece, el empleo de la madera corresponde al influjo escoto, mientras que el *mos Romanus* apuntaba a la piedra. En 3,25 el obispo Finan decide construir una iglesia que no desdiga de la sede episcopal de Lindisfarne, *quam tamen, se nos dice, more Scottorum, non de lapide, sed de robore secto totam composuit, atque harundine texit*. Años después, se añade, el obispo Eadbertc mandó que se quitara la caña del tejado, y cubrió la iglesia toda, techo y paredes, con láminas de plomo. Que el *mos Romanorum* era la construcción en piedra, se deduce de una carta del rey Naitan al abad Ceolfrid, en la que le pedía el envío

² No menos rigurosas son las penitencias a las que se somete Dritelmo, según se cuenta en 5,12, aunque adoptadas de manera espontánea, tras volver a la vida unas horas después de su muerte: como su monasterio estaba a la orilla de un río, solía sumergirse unas veces hasta la cintura, otras hasta el cuello, rezando o entonando salmos hasta el límite de su resistencia, ya fuera verano o invierno, en cuyo caso rompía la capa de hielo para poder sumergirse en las aguas heladas. Fuera ya del agua, nunca se quitaba la ropa empapada, sino que dejaba que el propio calor de su cuerpo las fuera secando.

de arquitectos, *qui iuxta morem Romanorum ecclesiam de lapide in gente ipsius facerent* (5,21).

5. Viajes.

Los desplazamientos eran difíciles. Cuando se viajaba al extranjero, los viajes duraban meses, e incluso años. El arzobispo Teodoro, por ejemplo, llegó a su sede episcopal en Britania catorce meses después de ser ordenado en Roma, según se cuenta en 4,1. Bien es verdad que el largo proceso parece indicar también que un obispado en la lejana Britania no era bocado apetecible para los hombres de iglesia que vivían en la Ciudad Eterna. Como Vigardo, enviado a Roma para su ordenación episcopal, murió en ella antes de ser ordenado, el Papa Vitaliano decide nombrar por su cuenta un obispo y mandarlo a Britania; elige en primer lugar al africano Hadriano, abad de un monasterio cercano a Nápoles, hombre eruditísimo en letras latinas y griegas. Pero Hadriano, si no pecamos de injustos en nuestro juicio, se las ingenia para excusarse con elegancia, reconociéndose indigno de tanto cargo, y proponiendo a un candidato en su opinión más adecuado, un tal Andrea, monje de un monasterio cercano, candidato que el Papa acepta, pero que ha de ser desechado finalmente por motivos de salud. De modo que la pelota vuelve al alero de Hadriano, que se ve compelido a aceptar, aunque pide un plazo de tiempo por si se encuentra a alguna otra persona más digna del obispado. Casualmente, se encontraba en Roma un monje conocido de Hadriano, Teodoro, natural de Tarso, a quien aquél ofreció el obispado, logrando en efecto que el Papa consintiera en ordenarlo. Pero el Papa no permite que Hadriano se vaya de rositas, e impone como condición que el propio Hadriano lo conduzca a Britania, para lo que aduce tres razones: Hadriano conocía bien la Galia, y podía servir como excelente guía; podía disponer de criados suficientes para el séquito, lo que abarataba los costes del viaje, y Teodoro necesitaba a su lado un supervisor de su ortodoxia, no fuera a ser que introdujera en su sede aspectos doctrinales o rituales propios de su cultura griega, y ajenos a la ortodoxia romana. La ordenación, que tendrá lugar finalmente el 26 de marzo de 668, se demora aún cuatro meses, hasta que el cabello de Teodoro, que llevaba tonsura al modo oriental, crece lo suficiente para recibir la tonsura canónica. El viaje se realiza por mar hasta Marsella, y por tierra desde allí a Arles, donde los retiene el arzobispo Juan hasta que el mayordomo real les dé licencia para continuar el viaje; conseguido lo cual, Teodoro parte hacia París, cuyo obispo lo acoge favorablemente, y lo retiene a su lado algún tiempo. Hadriano, por su parte, se dirige a Sens, y desde allí a Meaux, donde también se demora un buen tiempo. Bien es verdad que el autor se apresura, entre líneas, a justificar estas demoras, aduciendo la necesidad de refugiarse en los lugares que pudieran ante la inminencia del invierno. Enterado el rey Egbert, que había solicitado de Roma la ordenación de un obispo para su sede vacante, envía a su prefecto, y, con licencia del mayordomo del reino franco, se

encarga de llevar a Teodoro a Inglaterra; pero todavía se produce una demora antes de embarcar, por la enfermedad del obispo. Hadriano permanecerá algún tiempo más en territorio franco, bien es verdad que por razones diplomáticas, y finalmente llega a Inglaterra. Catorce meses, en resumidas cuentas, habían pasado desde la ordenación de Teodoro hasta su llegada a Britania, a la que consagró, en una labor excepcional, los últimos 21 años de su vida.

En los viajes por mar, había que esperar el viento favorable o las mareas, como se dice en 5,9, donde se cuentan los prolegómenos del fallido viaje de Egbert a Germania.

Pasando ahora a los viajes *nacionales*, el medio de transporte más socorrido para las personas de calidad es el caballo. Así, en 2,16 se cuenta que el rey Edwin solía recorrer sus posesiones a caballo, acompañado de sus servidores, y se hacía preceder de un estandarte de plumas llamado *Tuuf*. También los obispos podían desplazarse en sus visitas pastorales a caballo, aunque en general preferían hacerlo a pie. En 5,6, por ejemplo, vemos al obispo John viajando a caballo con algunos jóvenes de su clero. Pero el obispo Aidán, como se explica en 3,5, prefería las visitas pastorales a pie, a no ser que un asunto de fuerza mayor le aconsejara lo contrario, como la travesía de ríos (3,14). Y también el obispo Chad, según se cuenta en 3,28, prefiere recorrer su diócesis a pie, y no a caballo, a la manera de los apóstoles. Sin embargo, la diócesis de Chad era muy amplia, y en 4,3 el arzobispo Teodoro lo exhorta a que, siempre que sea necesario, lo haga a caballo. La descripción de la labor pastoral del obispo Cuthbert en Melrose (4.27) apunta de nuevo a la reluctancia de los obispos a usar el caballo, y su preferencia por el viaje a pie; nos enteramos también de cómo se les recibía, e incluso de cuál solía ser el grado de lejanía de estos viajes. A veces, se nos dice, iba a caballo, pero con más frecuencia a pie; cuando llegaba a algún núcleo habitado, de acuerdo con la costumbre inglesa de la época, todos se reunían ante él para oír la Palabra, dejando sus ocupaciones cotidianas, y se esforzaban en lo sucesivo por seguir sus exhortaciones. Cuthbert, según parece, era más extremoso que el común de los pastores: solía vistar con especial predilección aquellos lugares escarpados y casi inaccesibles que a otros causaban horror, y sus excursiones evangélicas duraban a veces dos y tres semanas, y hasta un mes completo, que pasaba en lo alto de los montes, instruyendo a los montañeses con su palabra, y edificándolos con sus obras.

En los casos de enfermedad, podía viajar en una litera, como el obispo Earconwald en 4,6, o en una camilla, como el obispo Vilfrido, en 5,19, tras caer gravemente enfermo a la vuelta de uno de sus viajes a Roma.

La seguridad durante los viajes en aquellos *tiempos recios* debía de ser relativa, como se deduce de 3,15: el presbítero Utta, enviado a Cantia en busca de la prometida del rey Oswin, elige para el camino de ida un itinerario terrestre, pero la vuelta, acompañado por la doncella, prefiere realizarla por mar. Un curioso

pasaje, en 2,16, nos descubre el germen de las modernas áreas de servicio; el rey Edwin, en efecto, en aquellos lugares en los que había fuentes junto al camino, mandó erigir unas estacas, de las que ordenó colgar unos cuencos de bronce, para refrigerio de los viandantes.

Pero el peligro podía provenir también de los accidentes. En 5,6 se cuenta el que sufrió el joven clérigo Herebald, al caer del caballo cuando acompañaba, con otros jóvenes, al obispo John, y golpearse (que ya es mala suerte) en la única piedra que había en el prado, con el resultado de una parálisis temporal, para atenderle de la cual se levantó una pequeña tienda de campaña. Los accidentes en la vía pública podían ocurrir también en las zonas urbanas, como el que sufre el monje Botelmo en 3,2, al resbalar de noche en el hielo, con el resultado de un brazo roto, que ningún médico parecía capaz de curar.

6. Enfermedades.

Aunque los mayores peligros para la salud no los ocasionaban, lógicamente, los accidentes, sino las enfermedades. La *Historia* de Beda rebosa de enfermos y lisiados curados por este o aquel santo varón, pero la descripción realista de las enfermedades o lesiones es rara. Normalmente se hace referencia a enfermedades innominadas o de síntomas muy generales (fiebre violenta, debilidad progresiva...), pero en 4,31 se habla de lo que parece una trombosis sufrida por un hermano que trabajaba en el hospital de un monasterio: al volver a casa tras haber lavado la ropa a la orilla del mar, de repente se desplomó en tierra, donde quedó tumbado sin poder moverse durante un buen rato; al levantarse, sintió que la mitad de su cuerpo, de la cabeza a los pies, estaba paralizada; y con grandes dificultades, apoyándose en un bastón, consiguió llegar a casa. En 5,3, por su parte, se explica la dolencia de una monja a la que se le desarrolla un enorme tumor, como consecuencia de una flebotomía, y en 3,11 se detallan los padecimientos de un endemoniado, que podrían corresponder, tal vez, a un ataque de epilepsia: *subito a diabolo arreptus, clamare, dentibus frendere, spumare et diversis motibus coepit membra torquere*. Del grado de avance de la práctica médica en la Inglaterra de la época no hay, lógicamente, que esperar demasiado. Sólo en algunos capítulos, como 4,19, a propósito de la muerte de Santa Audrey, se nos habla de medicina auténtica, y de cómo se trataban los tumores, sajiéndolos *ut efflueret noxius humor qui inerat*. Pero la mayor parte de las curaciones se realiza por medios sobrenaturales, ya sea gracias a la actuación de algún santo varón, o al poder taumatúrgico de las reliquias. En unos casos las reliquias operan mediante el contacto; así, en 1,18 san Germán cura la ceguera de una muchacha frotando sus ojos con una bolsita de cuero que contenía ciertas reliquias. En 4,6 se habla de una litera en la que el obispo Earconwald se desplazaba cuando estaba enfermo, y de sus poderes de curación milagrosa, colocando los miembros enfermos debajo de la misma o a su lado. En otros casos, el poder curativo de la reliquia actúa después de una ingestión. Así ocurre con el polvo arrancado de

lugares santos. El sepulcro de Chad, por ejemplo, según se dice en 4,3, tenía una oquedad en la que sus devotos introducían la mano para extraer algunas partículas de polvo, que diluidas en agua y administradas a los enfermos, ya fueran personas o animales, provocaban una curación instantánea. Otro tanto puede decirse del lugar donde cayó muerto el rey Oswald, donde se había creado, a fuerza de extraer tierra, una zanja en que cabía un hombre de pie (3,9), o del sepulcro del obispo Heddi, en 5,18, en el que la extracción de tierra había dado lugar a una fosa *non minima*. También solían arrancarse astillas de diversos objetos santos fabricados en madera, que se diluían en agua, para rociar con ella a los enfermos, o administrárselas por vía oral; cf. 3,2 y 3,17. En 4,32 se cuenta la curación milagrosa de un hermano, que tenía un tumor en el párpado; primero se detallan los esfuerzos baldíos de los médicos para tratar de atajar el progreso de la enfermedad: intentos de reblandecer el tumor con diversas pomadas, discusiones sobre la conveniencia o peligros de sajarlo...; después, la curación milagrosa: un presbítero del monasterio guardaba unos cabellos del cadáver incorrupto, recién exhumado, del obispo Cuthbert, y ofrecía porciones a quienes se lo pedían; así lo hizo en una ocasión en presencia del enfermo del tumor, a quien se le encomendó guardar lo que sobraba, circunstancia que aprovechó para frotar las reliquias sobre el párpado tumorado; y poco después, en efecto, estaba curado. Llama la atención que el presbítero no se molestara lo más mínimo por la curación de su criado, de modo que el episodio podría revelar el desdén que algunos sacerdotes sentían por sus servidores.

Pero la enfermedad más terrible, y omnipresente en la crónica de Beda, es la peste. De la tristemente célebre Peste Amarilla se habla en 3,13, y de cómo cierto clérigo escocés escapó de ella tras ingerir una astilla de un leño sagrado diluida en agua bendita. En 4,1, en cambio, Vigardo, que se había desplazado a Roma para su consagración episcopal, muere de la peste junto con sus acompañantes, antes de poder ser ordenado. Beda, probablemente, interpretaba las epidemias de peste como un castigo divino, pues el capítulo comienza sugiriendo que la epidemia estuvo precedida por una señal divina, concretamente un eclipse, y también en 3,25 se vinculan un eclipse de sol y la irrupción de la peste. También la aparición de cometas se relaciona, implícitamente, con diversas desgracias; según se cuenta en 4,12 en agosto de 678 apareció en el cielo un cometa, que se mantuvo visible durante tres meses; ese mismo año, se dice a continuación, tuvo lugar la expulsión de su sede del obispo Wilfrido. Y dos cometas aparecieron en enero de 729, que fueron visibles durante dos semanas, fenómeno que provocó un enorme temor.

Volviendo a las epidemias de peste, en 4,3 se habla de otro brote (ca. 672), que acabó con la vida del obispo Chad. En 4,7 vuelve a hacerse mención de la peste amarilla de ca. 664, a propósito de una sorprendente previsión de la abadesa del monasterio femenino de Barking; habiendo ya la peste invadido el monasterio cercano masculino, la abadesa empezó a preocuparse por la elec-

ción de un lugar para el cementerio que, sin duda, y en breve, iba a necesitarse para las hermanas difuntas, y una luz del cielo indicó a la comunidad el lugar donde las monjas difuntas habían de esperar el momento de la resurrección. En 4.8 se habla de diversos hechos sorprendentes que tienen lugar cuando la epidemia finalmente se propaga al monasterio femenino; un niño, al morir, repite por tres veces el nombre de una de las hermanas, que muere ese mismo día, y otra monja, presa de la epidemia, predice el momento exacto de su muerte; en 4.9 se habla de la visión de una monja enferma que preluvió la muerte de la abadesa Ethelburga; en 4,14, de cómo la epidemia terminó por la intercesión del santo rey Oswald, y en 4,19 se dice que Sta. Audrey predijo su propia muerte en una epidemia, aunque en realidad murió de un tumor, como luego se nos informa. En ocasiones, la peste traía consigo vacilaciones religiosas; así, tras una epidemia, la provincia de los Sajones Orientales recae temporalmente en la idolatría (665), como se cuenta en 3,30.

7. Momentos señalados en la vida de los hombres.

7.1. El bautismo.

Siendo el tema de la obra la historia de la cristianización de Inglaterra, no es sorprendente que la mayor parte de los bautizos a los que se hace referencia sea de personas mayores, recién convertidas, y no de niños pequeños. Solían celebrarse en ciertos días señalados, como la Pascua y Pentecostés. El día de Pentecostés se bautiza la hija del rey Edwin en 2,9, junto con otros once familiares, y en la Pascua del 627 recibe el agua purificadora el propio Edwin, según se cuenta en 2,14. El bautismo podía tener lugar en una iglesia, sobre todo si estaba dotada de baptisterio, o en un río, circunstancia especialmente adecuada en los casos de bautismos masivos. El rey Edwin, por ejemplo, se bautizó en la iglesia de san Pedro Apóstol, que él mismo había mandado construir *ad hoc* a marchas forzadas durante su periodo de catequesis. En cambio en 2,16 se dice que el obispo Paulino efectuó un bautizo colectivo en el río Trent, en la región de Lindsey. En este caso, la multitud de los bautizandos podría explicar la ubicación del acto sacramental, pero en 2,14 se precisa que el citado obispo, durante su labor evangelizadora en la provincia de Deira, bautizaba en el río Swale, porque en aquellos momentos iniciales del nacimiento del cristianismo en aquellas tierras no era aún posible edificar oratorios o baptisterios.

7.2. El matrimonio.

Son frecuentes las referencias a matrimonios regios. Al tener que casarse los reyes con princesas normalmente de otros reinos, el pacto matrimonial se desdobra en dos procesos, el compromiso matrimonial y el matrimonio propiamente dicho, que tiene lugar en la corte del rey postulante. En este tipo de uniones destaca, por cierto, la libertad relativa de la que parece gozar la consor-

te regia. En el caso de que fueran de religión distinta, los reyes paganos permiten normalmente que sus esposas practiquen la religión cristiana que han abrazado. En 2,9 el rey Edwin recibe una primera negativa en su petición de mano de la princesa cantia Tata, porque, le dicen, no es lícito que una doncella cristiana se case con un pagano, no sea que su fe cristiana se mancille con dicha unión. Edwin responde que no hará nada contrario a la fe cristiana que su pretendida profesa, y le concede permiso para conservar sus prácticas religiosas junto con las personas que la acompañen, e incluso se muestra dispuesto a hacerse cristiano, una vez que haya examinado la mayor santidad de esa religión. Los obstáculos quedan, pues, allanados, y se consagra un obispo para que acompañe a la princesa a la corte de Edwin y la atienda en sus necesidades espirituales. Del grado de confianza entre marido y mujer da pruebas una bonita anécdota de la juventud del rey Edwin, que había tenido que exiliarse en la corte de un reyezuelo vecino; el cual, seducido por las promesas de los enemigos de Edwin, se dispone a entregarlo, pero, al contar por la noche su intención a la reina, ésta lo disuade (2,12).

Sobre las condiciones de los matrimonios vulgares tenemos menos información, pero una curiosa respuesta del papa Gregorio al obispo Agustín, sobre si el marido podía acceder carnalmente a su esposa durante el periodo de lactancia, nos permite deducir que, en general, se pensaba que durante dicho periodo no estaba bien que hubiera relaciones sexuales, y así lo dice terminantemente el santo padre, y que tal vez por eso muchas mujeres eran reluctantes a la lactancia, al menos en opinión del santo pontífice (1,27,6). Y en ese mismo capítulo, en la respuesta afirmativa de Gregorio a Agustín sobre si debían asistir varios prelados a la consagración de un nuevo obispo se hace referencia a otra costumbre de los ritos matrimoniales, la presencia en los mismos de todas las personas de la comunidad ya casadas. La comparación de Gregorio apunta a uno de los rasgos que definen al matrimonio como rito de paso, pues es propio de dichos ritos la presencia al final de las ceremonias de todos los miembros del nuevo grupo en el que el iniciando se va a integrar.

Naturalmente, junto a las uniones de derecho había igualmente parejas de hecho, práctica contra la que lucharán, no siempre con éxito, los obispos. La pena en estos casos podía ser la excomunión, como en 3,22, que llevaba aparejada la recomendación de no entrar en la casa del réprobo, ni aceptar de él alimento alguno. Y, en el otro extremo de la gama, se habla también de matrimonios *blancos*, como el de la reina Edilthryd (luego Sta. Audrey) con Egfrido, al que se hace referencia en 4.19.

7.3. La muerte.

Para concluir, no faltan tampoco referencias a los ritos asociados a la muerte, rito de transición supremo, en el que el hombre pasa del ser al no ser, o, en la creencia cristiana, de la vida, que es en realidad muerte, a la muerte que es en

realidad vida. En 4,11 se ofrecen algunos detalles macabros sobre los preparativos para el entierro del rey Sebbi (694): se había preparado un sarcófago de piedra, pero, al tratar de introducir el cadáver, resultó que sobrepasaba las dimensiones de aquél en más de un palmo. Empezaron a rebajar la piedra cuanto pudieron, de manera que consiguieron ampliar su longitud en casi dos dedos; demasiado poco: el cuerpo no cabía. Se proponen entretanto alternativas: buscar otro sarcófago, o doblar al difunto las rodillas, hasta hacerlo entrar en el féretro. Pero, milagrosamente, el sarcófago de pronto se adaptó como un guante a la talla del difunto.

Por el c. 4,19, a propósito de Sta. Audrey, sabemos cómo se enterraba en los monasterios a los muertos en una epidemia: de acuerdo con sus instrucciones, la enterraron en un ataúd de madera, en el lugar que le correspondía en el cementerio, de acuerdo con el orden cronológico de la defunción. Pero, dieciséis años después, la abadesa del monasterio decide trasladar los restos al interior de la iglesia, lo que nos permite descubrir todo el macabro procedimiento del traslado. En primer lugar, la búsqueda de un nuevo ataúd, esta vez más lujoso, lo que da lugar a una expedición en busca del preciado material, pues, tratándose de una región pantanosa, no se encontraban por allí los materiales adecuados, expedición que termina de manera milagrosa: en una ciudad abandonada encuentran un hermosísimo féretro de mármol blanco, de las medidas adecuadas. Trasladado el ataúd al monasterio, se acomete la segunda parte de la macabra ceremonia, la exhumación del cadáver, que se realiza con la asistencia de un médico, Cynifrid. Se eleva un pabellón sobre la tumba, que la comunidad entera, los hombres por una parte, las mujeres por la otra, rodea cantando salmos, mientras que la abadesa con unas pocas hermanas entra en el pabellón para lavar los huesos, con la sorpresa de que el cadáver había permanecido todos aquellos años incorrupto, para certificar lo cual se hace entrar al médico. Incluso las ropas y lienzos con los que la santa había sido enterrada permanecían íntegros. Tras la sorpresa, las hermanas se afanan en el lavado de los restos, la imposición de nuevas vestiduras, y la colocación del cuerpo incorrupto en su nueva tumba.

En 5,5 encontramos un detalle sumamente macabro, a propósito de un moribundo, en cuya cámara entra el obispo John para darle la bendición; junto a la cama habían puesto ya el ataúd en el que iban a enterrarlo, y el obispo, tras rezar una oración y darle su bendición, le dijo, *solito consolantium sermone*, saliendo ya casi de la habitación: *Bene convalescas et cito*, lo que nos permite conocer las palabras que solían decirse a los enfermos.

Algo muy cercano, en fin, a un velatorio encontramos al comienzo de 5,12, prelude de una escalofriante narración de ultratumba: el enfermo, según se cuenta, murió al principio de la noche, pero al clarear la aurora revivió de pronto y se incorporó en la cama, de modo que *omnes qui corpori flentes assederant*,

muertos de miedo, huyeron despavoridos, y sólo su mujer, por el gran cariño que le tenía, aunque llena de miedo, se quedó a su lado.